

*en este día triste en que caminas
con los ojos abiertos.*

*De toda la memoria, sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños (LXXXIX, p. 130).*

En otro poema, Machado se refiere también al alcance temporal de estos recuerdos intuitivos:

*Algunos lienzos del recuerdo tienen
luz de jardín y soledad de campo;
la placidez del sueño
en el paisaje familiar soñado.*

*Otros guardan fiestas
de días aún lejanos... (XXX, p. 84).*

Hay, pues, dos clases de recuerdos: unos son de un pasado inmediato que aún es familiar; otros son vagas memorias de un tiempo más remoto. ¿Por qué Machado hace esta distinción? ¿Todos los recuerdos son de esta vida, o Machado quiere decirnos que los segundos son de una previa existencia? Si es así, bien podemos comprender la importancia de ese «don preclaro», porque en sueños el poeta tal vez puede recordar su origen divino. Esta es la idea que Machado expresa metafóricamente en el poema LXXXVIII:

*Tal vez la mano, en sueños,
del sembrador de estrellas,
hizo sonar la música olvidada
como una nota de la lira inmensa,
y la ola humilde a nuestros labios vino
de unas pocas palabras verdaderas (p. 129).*

La preocupación con el origen ocurre aun en los poemas más tempranos, como en el poema «Galerías», escrito entre los años 1898 y 1902, y publicado en la primera edición de *Soledades* en 1903.

*Yo he visto mi alma en sueños,
como un estrecho y largo
corredor tenebroso,
de fondo iluminado...*

*Acaso mi alma tenga
risueña luz de campo
y sus aromas lleguen
de allá, del fondo claro (pp. 32-33).*

Así es que en sueños el poeta descubre «cosas de ayer que sois el alma» (LXXXI, p. 120), esas cosas de su «alma vieja» (XLI, p. 94),

vieja, porque ha existido desde siempre, como el alma del mendigo en el atrio, del cual declara: «Más vieja que la iglesia tiene el alma» (XXXI, p. 85).

Sí, el «don preclaro» de la visión intuitiva tiene a veces la gran ventaja de penetrar el velo de Maya, como en el poema LXII: «Desgarrada la nube; el arco iris / brillando ya en el cielo...». Pero también hay una gran desventaja, porque una visión intuitiva nunca es permanente, sino pasajera e intangible: «Y todo en la memoria se perdía / como una pompa de jabón al viento» (pp. 114-115). Por eso, la sensación de pérdida que también se asocia a la idea de buscar el origen: «... Alma ¿qué has hecho de tu pobre huerto?» (LXVIII, p. 118); «Tengo en monedas de cobre / el oro de ayer cambiado» (XCV, p. 133). Por eso también Machado siempre busca la fuente de la vida, lleno de nostalgia por el origen perdido:

*Como yo cerca del mar,
rio de barro salobre,
¿sueñas con tu manantial? (CLXI, lxxxvii, p. 286).*

Gran parte de lo que yo he tratado de mostrar hasta aquí, Machado lo expresa en el poema LXI. En los primeros versos vuelve a cantar el valor de una «verdad divina» que se vislumbra en «Esas galerías, / sin fondo del recuerdo». Si el recuerdo no tiene «fondo», es porque el pasado del alma no tiene límite: retrocede hasta perderse en la existencia inteminable del Creador. Y no es la lógica, sino la intuición poética la que hace posible la visión misteriosa:

*El alma del poeta
se orienta hacia el misterio.
Sólo el poeta puede
mirar lo que está lejos
dentro del alma, en turbio
y mago sol envuelto (p. 113).*

¿Es una coincidencia que Machado emplee el verbo «se orienta», o lo emplea con doble sentido, como en otra ocasión ya citada, para darnos la clave a los versos que siguen? Porque el poeta siente el «laborar eterno» de las «doradas abejas» y entonces declara:

*la nueva miel labramos
con los dolores viejos,
la veste blanca y pura
pacientemente hacemos... (p. 114).*

La explicación que se ha dado para estos versos es que las abejas, que representan la facultad intuitiva del poeta, convierten los an-

tiguos sufrimientos en nueva miel, que es la nueva poesía. Pero si tiene doble sentido el verbo «se orienta», tal vez hay un segundo nivel en el que se puede entender el resto del poema. Bien puede ser que las «doradas abejas» y su «eterno laborar» simbolizan la antigua ley del karma que nos ayuda a purificar el alma. De acuerdo con este concepto, que también aparece en otros poemas de Machado (14), el hombre tiene que sufrir los «dolores viejos» durante muchas vidas, es decir «pacientemente», para poder hacer «la veste blanca y pura» de su alma. Todo esto lo sabe el poeta, pero el alma que no piensa insuitivamente estará condenada a ver solamente un reflejo de la realidad, un reflejo deformado por el velo de los conceptos lógicos:

*El alma que no sueña,
el enemigo espejo,
proyecta nuestra imagen
con un perfil grotesco... (p. 114).*

Así, después de estudiar el tema de la pre-existencia del alma, será necesario determinar si Machado de veras tiene fe en la posibilidad de sobrevivir después de la muerte. Veámoslo en la siguiente sección de este estudio.

IV. LA ESPERANZA DE VIDA DESPUES DE LA MUERTE

*En los yermos altos
veo unos chopos de frío
y un camino blanco (p. 723).*

Mucho se ha escrito sobre la actitud de Machado hacia la muerte. Algunos escritores han notado una semejanza entre Machado y Heidegger, sosteniendo que, en los dos, existe la misma actitud de resignación estoica ante la idea de la muerte. Un escritor hasta ha creído ver en Machado una actitud de «fría serenidad» y aun «menosprecio», ante la muerte de ciertas personas conocidas (15). Tal vez la palabra «menosprecio» sea demasiado fuerte, pero si hay cierta sere-

(14) Una sugestión de la ley del karma se encuentra en el poema LIX: «... y las doradas abejas / iban fabricando en él, / con las amarguras viejas, / blanca cera y dulce miel...» (p. 111); y también el LXXXVI empieza con estos versos: «Eran ayer mis dolores / como gusanos de seda / que iban labrando capullos; / hoy son mariposas negras; / ¡De cuántas flores amargas / he sacado blanca cera!» (p. 128).

(15) Pablo de A. Cobos habla de esta actitud en dos artículos: «La muerte personal en Antonio Machado», «La Torre», 65 (1969), pp. 53-69; y «Una identificación en Machado», «Insula», XXV, 279 (1970), p. 13.

nidad estoica en la actitud de Machado, bien puede ser porque no está convencido de que la muerte represente la aniquilación del ser.

Sea lo que sea su actitud en algunos casos específicos, no cabe duda de que Machado ha sufrido profundamente a causa de la muerte pero, como veremos, nunca pierde del todo su esperanza en la otra vida. Al describir la fe de los personajes de la gran novela rusa, Machado parece describir también su propia fe: «dudan, vacilan, como dudan y vacilan las almas sinceras y profundas, siempre divididas en sus entrañas; pero siempre se diría que alcanzan a ver una luz interior reveladora de la suprema esperanza» (p. 904). Aun en los poemas que la mayoría de los críticos han interpretado negativamente hay, a veces, indicios de esperanza. Y esta esperanza no se limita, como algunos escritores han sostenido, solamente al período inmediatamente después de la muerte de Leonor, sino que está presente en los poemas más tempranos, y continúa hasta el momento de su propia muerte.

En vista de lo que dice en el documento recobrado por Vega Díaz, es evidente que Machado distingue entre la realidad espiritual, en la cual es un «creyente», y el mundo sensible revelado por el pensamiento lógico. En términos físicos, pues, la muerte sí es definitiva. Esto es indudablemente lo que Machado quiere expresar en el poema siguiente:

*¿Dices que nada se pierde?
Si esta copa de cristal
se me rompe, nunca en ella
beberé, nunca jamás* (CXXXVI, xliii, p. 221).

Juan de Mairena declara: «La muerte va con nosotros, nos acompaña en vida»; pero entonces añade significativamente: «ella es, por de pronto, cosa de nuestro cuerpo» (p. 464). Si el cuerpo, representado por la «copa de cristal», se pierde para siempre, ¿qué es lo que ocurre con el alma? Machado contesta en otro poema:

*Tú sabes las secretas galerías
del alma, los caminos de los sueños,
y la tarde tranquila
donde van a morir... Allí te aguardan
las hadas silenciosas de la vida
y hacia un jardín de eterna primavera
te llevarán un día* (LXX, p. 119)

En uno de los primeros poemas de *Soledades* (1903), Machado hace la misma distinción entre cuerpo y alma. Es el momento de la muerte: «Los golpes del martillo / dicen la negra caja; / y el sitio de

la fosa, / los golpes de la azada». Mas el «aura», símbolo de la vida nueva, consuela al alma —«pura veste blanca»— al decirle: «No te verán mis ojos; / ¡mi corazón te aguarda!» (XII, p. 72). Los ojos —el cerebro, el pensar lógico —ya no verán tu cuerpo en el mundo de las formas; pero el corazón —la intuición, el pensar poético— aguarda tu alma en el mundo de la realidad espiritual.

Otro poema temprano. «En el entierro de un amigo», que muchos críticos han citado como ejemplo del pesimismo de Machado, termina así:

*Sobre la negra caja se rompián
los pesados terrones polvorientos...
El aire se llevaba
de la honda fosa el blanquecino aliento.
—Y tú, sin sombra ya, duerme y reposa,
larga paz a tus huesos...
Definitivamente,
duerme un sueño tranquilo y verdadero (IV, p. 64).*

El poema presenta ciertas dificultades que la crítica no ha resuelto. Porque si se describe aquí una muerte definitiva y total, ¿qué es el «blanquecino aliento» que sale de la fosa? ¿Es el polvo de los terrones quebrados, o es el alma blanca y pura que vuelve a su Creador? (16). La frase «sin sombra ya», ¿quiere decir que el alma se ha librado por fin de las imperfecciones del cuerpo? Y ¿qué es lo que duerme un «sueño tranquilo y verdadero», es el alma o los «huesos»?

A pesar de las dificultades con el poema IV, en otros poemas Machado expresa claramente su esperanza de otra vida. En «Horizonte», por ejemplo, el poeta camina hacia el «ocaso», fin del día y símbolo de la muerte, y entonces siente en su corazón una promesa de renovación:

*Y yo sentí la espuela de mi paso
repercutir lejana en el sangriento ocaso,
y más allá, la alegre canción de un alba pura (XVII, p. 76) (17).*

Y en otro poema temprano:

*La tarde todavía
dará incienso de oro a tu plegaria,
y quizá el cenit de un nuevo día
amenguará tu sombra solitaria... (XXVII, p. 83).*

(16) En «Profesión de fe», Machado dice de Dios: «... su aliento es alma, y por el alma alienta...» (p. 227).

(17) Juan Ferraté dice que este poema forma parte de una serie donde predomina el tema de la renovación; también menciona los números IX, XXIII, XXV, XLII, L, LXX, LXXX, LXXXVII: «Ideas del alma», «Papeles de Son Armadáns», IV, 11 (1957), p. 190.

El LXXVIII es otro poema que algunos críticos han visto como un indicio de la falta de esperanza que Machado siente ante la muerte. El poeta habla con su alma y le pregunta si, al morir, se perderá para siempre el recuerdo del amor divino: «¿Y ha de morir contigo el mundo mago / donde guarda el recuerdo / los hálitos más puros de la vida, / la blanca sombra del amor primero...?». Luego termina:

*¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?
¿Los yunques y crisoles de tu alma
trabajan para el polvo y para el viento? (p. 123).*

Es significativo que Machado no haga una declaración negativa, sino una pregunta; se pregunta si la muerte significa el fin de la conciencia individual. ¿Es que la vida ha fundido, con elementos primordiales, una forma nueva sólo para destruirla con su muerte? En este poema solamente pregunta, pero en otra ocasión aventura

*Recuerdos de mis amores,
quizá no debéis temblar:
cuando la tierra me trague,
la tierra os libertará (p. 820).*

La afirmación más clara de su fe en la inmortalidad del alma, Machado la hace en el poema CXLIX, «A Narciso Alonso Cortés, poeta de Castilla». El poema contiene también una angustiada descripción del tiempo y de su efecto corrosivo en el mundo físico:

*Al corazón del hombre con red sutil envuelve
el tiempo, como niebla de río una arboleda.
¡No mires; todo pasa; olvida: nada vuelve!
Y el corazón del hombre se angustia... ¡Nada queda!... (p. 241).*

El hombre se angustia porque, en el mundo de los sentidos, todo es frágil y transitorio. Pero el tiempo es un efecto del «doble espejismo» por el cual estamos obligados a mirar el Ser verdadero, y, como todo concepto producido por el pensar lógico, trae conclusiones funestas para la vida humana. Aquí, como en otras ocasiones, Machado no se satisface con lo que le dice la lógica («Confiamos / en que no será verdad / nada de lo que pensamos»), y apela de nuevo al pensar poético: «Pero el poeta afronta el tiempo inexorable, / como David al fiero gigante filisteo...» Y, aunque su existencia se ha puesto en duda durante la época racionalista, lo que le permite triunfar es el alma:

*El alma. El alma vence —¡La pobre cenicienta,
que en este siglo vano, cruel, empedernido,
por esos mundos vaga escuálida y hambrienta!—
al ángel de la muerte y el agua del olvido.*

*Su fortaleza opone al tiempo, como el puente
al ímpetu del río sus pétreos tajamares;
bajo ella el tiempo lleva bramando su torrente,
sus aguas cenagosas huyendo hacia los mares.*

Poeta, el alma sólo es ancla en la ribera... (p. 242).

Esa fe es la misma que le alienta a Machado en el trágico momento de la muerte de su esposa Leonor. «Algo inmortal hay entre nosotros —Machado escribe en una carta a Unamuno, poco después de la muerte de Leonor— que quisiera morir con lo que muere. Tal vez por esto viniera Dios al mundo. Pensando esto me consuela algo. Tengo a veces esperanza. Una fe negativa es también absurda... En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar» (p. 1.016). Así lo expresa también en su poesía: «Late, corazón... No todo / se lo ha tragado la tierra» (CXX, p. 190); «Vive esperanza: ¡quién sabe / lo que se traga la tierra!» (CXXII, p. 191).

En un artículo poco conocido sobre la muerte de su amigo don Blas Zambrano, Machado vuelve a manifestar su fe en la inmortalidad del alma. Describe su último encuentro con don Blas en Barcelona y declara que, en esa ocasión, lo encontró un poco envejecido. Entonces sigue: «Parecióme, sin embargo, que lo más suyo, lo indefinible personal que nos permite recordar y reconocer a las personas, no sólo no se había borrado en él, sino que aparecía más intacto que nunca... Y hoy pienso que si es esto lo que don Blas trajo consigo al mundo, y esto es también lo que tenía al llegar a los umbrales de la muerte, acaso sea esto, que parece dejarnos para el recuerdo precisamente lo que él se lleva. Y ello sería en verdad consolador, si es que, como muchos pensamos, el destino de todos los hombres es aproximadamente el mismo» (18). En el que tal vez fue su último artículo —fue publicado en «Hora de España» en Barcelona a fines de enero de 1939— Machado expresa otra vez el concepto de la pre-existencia del alma, al decir que es «lo indefinible personal» lo que don Blas «trajo consigo al mundo». También le consuela que don Blas conserve su personalidad, a pesar de la vejez y la muerte, porque es este mismo «indefinible personal» que don Blas mantiene «más in-

(18) «Don Blas Zambrano», en «Antonio Machado: Antología de su prosa», I, op. cit., p. 170.

facto que nunca», y entonces «se lleva», en el momento de su muerte.

Hemos visto, pues, un aspecto muy importante de la actitud de Machado hacia la muerte: su esperanza de tener otra vida. Pero queda «lo que más importa»: descubrir lo que ocurre después de la muerte. Desde luego, nada se puede saber en esta vida, pero cabe la esperanza de que tal vez sepamos algo en la próxima. Si antes de nacer nuestra conciencia forma parte de la infinita conciencia de Dios, nuestro nacimiento en el mundo físico sería como el principio de un largo sueño. Y precisamente porque la vida es sueño, el momento de nuestra muerte, cuando dejamos atrás los límites del mundo sensible, es un verdadero despertar. Esta es la esperanza que Machado expresa en varios poemas:

*Tras el vivir y el soñar
está lo que más importa:
despertar (CLXI, lili, p. 280).*

*Si vivir es bueno,
es mejor soñar,
y mejor que todo,
madre, despertar (CLXI, lxxxii, p. 285).*

*... Y cuando vino la muerte
el viejo a su corazón
preguntaba: ¿Tú eres sueño?
¡Quién sabe si despertó! (CXXXVII, p. 225):*

La más clara expresión de esta esperanza Machado la pone en otra carta a Unamuno:

¿Qué es lo terrible de la muerte? ¿Morir o seguir viviendo como hasta aquí, sin ver? Si no nos nacen otros ojos cuando éstos se nos cierran, que éstos se los lleve el Diablo, poco importa. Tal vez no sea esto lo humano... Cabe otra esperanza, que no es la de conservar nuestra personalidad, sino de ganarla. Que se nos quite la careta, que sepamos a qué vino esta carnalada que juega el universo en nosotros o nosotros en él, y esta inquietud del corazón para qué y por qué es... ¿Que dormimos? Muy bien. ¿Que soñamos? Conforme. Pero cabe despertar. Cabe esperanza, dudar en fe (p. 1.022).

V. LA REENCARNACION

*«Volverá el Cristo a nacer
entre nosotros» (p. 610).*